

FE Y ESPERANZA EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Introducción

Hermanos, estamos llamados a vivir esta prueba de desierto y aislamiento por el coronavirus con fe y esperanza cristiana, siendo imagen de Jesús y ejemplo de confianza, paciencia, sonrisa afable y paz en nuestros hogares, contagiando a nuestros seres queridos que reman con nosotros en esta pequeña barca en medio de furiosas tempestades.

Confiamos que este material nos de las herramientas para fortalecernos en estos dos pilares fundamentales del cristiano. Rogamos a Dios por que sus familias salgan ilesas de esta tempestad que hoy nos azota como humanidad.

Animo. Bendiciones

1a Semana. Cómo es mi Fe?

Notas de referencia.

Lectura bíblica: Mc 4, 35-41

Apoiados en la homilía del Papa Francisco por la pandemia de coronavirus contemplamos el episodio propuesto en el Evangelio de S. Marcos 4. Esta semana nos enfocamos en identificar como es la fe de los discípulos ante la tormenta inesperada. Los discípulos parecen creer que Jesús puede calmar la tempestad, pero en lugar de solicitar su accionar, reclaman ¿“No te importa que perezcamos?” Quizás se les ha olvidado que Jesús es solo amor, y que se preocupa y nos ama al extremo a cada uno. Quizás los discípulos se sienten merecedores de toda calma y sosiego solo porque creen en Jesús.

A los discípulos les falta ese otro componente de la Fe, porque Fe no es solo creer que Jesús existe. Es ir hacia El y confiar que con Jesús a bordo de nuestras barcas, no se naufraga. Quizás por eso Jesús increpa a los discípulos “aún no tienen fe”. En contraste, mientras la tormenta arreciaba, Jesús dormía (Esta es la única vez que Jesús es presentado durmiendo en los Evangelios). Nadie duerme mientras desconfía. Pero Jesús duerme porque confía en Dios, aunque todo este oscuro, aunque la tempestad no permita ver el horizonte ni tierra firme.

Preguntas de Reflexión:

1. Las tempestades de la vida dejan al descubierto lo esencial, lo verdadero, y nos hacen depender más de la intervención divina y de personas simples que de aquellas que aparecen en revistas o dicen ser “influencers” ¿Qué cambios esta “tempestad” del coronavirus te ha permitido realizar en tu vida de fe, de confianza en Dios?
2. ¿Cómo puedes en estos tiempos madurar tu fe para “dormir durante la tempestad” como Jesús hacía?
3. La palabra de Dios está llena de citas que invocan cultivar la Fe y la confianza en Dios. El Papa Francisco en su homilía cita 1 Pe 5,7 “Confíadle todas vuestras preocupaciones (a Dios), pues el cuida de vosotros”. Comparte con tus hermanos de comunidad otras citas bíblicas que usas con frecuencia en esos momentos en que las oscuridades y tempestades llegan de forma inesperada a tu vida. Asegúrate de compartir no solo el texto, sino la cita bíblica donde esta aparece

2ª Semana. Aumento mi Fe en familia (Cont. semana anterior)

Notas de referencia.

Lectura bíblica: Mc 4, 35-41

Esta semana proponemos la contemplación de Jesús a la cabeza de la barca, al frente; nosotros junto a nuestras familias en este espacio limitado de nuestros hogares, nuestra “barca”, fuera de la cual posiblemente nos ahogaríamos. En esta barca, TODOS debemos remar al mismo destino para restablecer el rumbo de nuestras barcas, de nuestras vidas. Nos damos cuenta que si nos salvamos, es juntos y unidos. De forma súbita la vida ha cambiado del “yo” al “nosotros”.

Nos damos cuenta que la mayor fortaleza ante las tempestades de la vida la encontramos en el seno de nuestras familias, y que con Jesús a la cabeza de nuestras familias, de nuestras pequeñas barcas, con certeza se calmarán estas tempestades inesperadas y encontramos el verdadero valor de la vida, nos robustecemos de paciencia, confianza y espera fraterna.

Perseverando en familia y trabajando más como “nosotros” que como “yo” hemos reducido por encima de un 50% los homicidios en el mundo, hemos reducido en más de 90% los asaltos violentos, hemos mejorado la calidad del aire que respiramos hasta un 75%. Preservando lo

verdaderamente valioso, nuestras familias, creamos un clima virtuoso a nuestro alrededor, porque siempre el plan del bien mayor de Dios sobre sus hijos es convertir en algo bueno todo lo que nos sucede

Preguntas de Reflexión:

1. A pesar de que los discípulos eran hombres experimentados de mar, permanecieron en la barca aun cuando le estaba entrando agua ¿En tu vida has identificado que es mejor permanecer en “tu barca” (tu familia) a pesar de que parezca zozobrar? ¿Por qué crees que los discípulos prefirieron permanecer en la barca a pesar de que parecía que podría hundirse?
- 2 ¿Cómo puedes hacer que Jesús esté efectivamente “en la popa de tu barca” (entendiéndose por barca tu familia) y no solo de intención y deseo? ¿Cuál será tu acción específica para lograr esto?

3a Semana. La Esperanza cristiana

Notas de referencia.

Lectura bíblica: Audiencia General Papa Francisco 7dic2016

Hemos perdido, al igual que el pueblo de Israel en el exilio, nuestra libertad. La vida es a menudo un desierto, pero nos permite ver el oasis en el horizonte si nos encomendamos a Dios. Esperamos que, guiados por Jesús, volveremos a nuestra tierra, a nuestra cotidianidad a través de un camino cómodo y amplio, sin valles ni montañas.

La resurrección es esperanza. Dios camina conmigo. La esperanza cristiana es abrir el corazón a la fe; es esperar, pero no con angustia ni “truño”, sino con una sonrisa. La sonrisa es lo primero que perdemos en las dificultades y en nuestras oscuridades. Quien verdaderamente tiene esperanza, sonríe!!!

Quien tiene esperanza confía que cuando salgamos de este “desierto que nos mantiene en exilio, privados de libertad” lo hagamos convertidos, animados como lo hizo Jesús al finalizar

su desierto de 40 días, para llevar a cabo nuestro ministerio, cualquiera que sea, para la mayor gloria de Dios

Preguntas de Reflexión:

- 1 Los desiertos no deben dejarnos iguales o indiferentes luego de transitar por ellos. Reflexiona en este “desierto” forzado que nos ha tocado transitar como humanidad, ¿Cuál crees que es el ministerio que Dios tiene encomendado para ti, para la mayor gloria de Dios?
- 2 ¿Qué actividades has incorporado en la cotidianidad del hogar para contagiar de esperanzas al resto de los tripulantes de este camino por el desierto que este aislamiento forzoso ha traído? Comparte con tus hermanos para generar un fraterno compartir de ideas virtuosas
- 3 ¿Cómo está la oración en familia en estos momentos? Aumenta los espacios y tiempos de oración en familia para robustecer la fe y la esperanza de la familia
- 4 Después de la lectura de esta parte del material “Quizás puedan reírse a carcajadas, una detrás de otra, un chiste, una carcajada... pero les falta la sonrisa. “¿puedes explicar la diferencia entre sonrisa y carcajada?
- 5 ¿Qué tan “ancha y hermosa” es tu autopista según lo que nos dice el papa “La vida es a menudo un desierto, es difícil caminar dentro de la vida, pero si nos encomendamos a Dios puede llegar a ser hermosa y ancha como una autopista”?

Homilía completa del Papa Francisco en el momento extraordinario de oración por la pandemia

El Papa ha rezado por la pandemia de coronavirus que afecta al mundo y ha pedido al Señor que bendiga “al mundo”, de salud “a los cuerpos” y consuele “los corazones”. Al final de la celebración, ha dado la bendición "Urbi et Orbi".

Ciudad del Vaticano

A continuación, la homilía completa pronunciada por el Santo Padre Papa Francisco durante la oración extraordinaria ante la pandemia por coronavirus:

«Al atardecer» (Mc 4,35). Así comienza el Evangelio que hemos escuchado. Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: “perecemos” (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino sólo juntos.

Es fácil identificarnos con esta historia, lo difícil es entender la actitud de Jesús. Mientras los discípulos, lógicamente, estaban alarmados y desesperados, Él permanecía en popa, propio en la parte de la barca que primero se hunde. Y, ¿qué hace? A pesar del ajeteo y el bullicio, dormía tranquilo, confiado en el Padre —es la única vez en el Evangelio que Jesús aparece

durmiendo—. Después de que lo despertaran y que calmara el viento y las aguas, se dirigió a los discípulos con un tono de reproche: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?» (v. 40). Tratemos de entenderlo. ¿En qué consiste la falta de fe de los discípulos que se contrapone a la confianza de Jesús? Ellos no habían dejado de creer en Él; de hecho, lo invocaron. Pero veamos cómo lo invocan: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (v. 38). *No te importa*: pensaron que Jesús se desinteresaba de ellos, que no les prestaba atención. Entre nosotros, en nuestras familias, lo que más duele es cuando escuchamos decir: “¿Es que no te importo?”. Es una frase que lastima y desata tormentas en el corazón. También habrá sacudido a Jesús, porque a Él le importamos más que a nadie. De hecho, una vez invocado, salva a sus discípulos desconfiados.

La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas “salvadoras”, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad.

Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, esta tarde tu Palabra nos interpela, se dirige a todos. En nuestro mundo, que Tú amas más que nosotros, hemos avanzado rápidamente, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa. No nos hemos detenido ante tus

llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo. Ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos: “Despierta, Señor”.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la fe. Que no es tanto creer que Tú existes, sino ir hacia ti y confiar en ti. En esta Cuaresma resuena tu llamada urgente: “Convertíos”, «volved a mí de todo corazón» (Jl 2,12). Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como *un momento de elección*. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás. Y podemos mirar a tantos compañeros de viaje que son ejemplares, pues, ante el miedo, han reaccionado dando la propia vida. Es la fuerza operante del Espíritu derramada y plasmada en valientes y generosas entregas. Es la vida del Espíritu capaz de rescatar, valorar y mostrar cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último *show* pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. Frente al sufrimiento, donde se mide el verdadero desarrollo de nuestros pueblos, descubrimos y experimentamos la oración sacerdotal de Jesús: «Que todos sean uno» (Jn 17,21). Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e

impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos. La oración y el servicio silencioso son nuestras armas vencedoras.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación. No somos autosuficientes; solos, solos, nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere.

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. *Is 42,3*), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza.

Abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a

cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Queridos hermanos y hermanas: Desde este lugar, que narra la fe pétrea de Pedro, esta tarde me gustaría confiarlos a todos al Señor, a través de la intercesión de la Virgen, salud de su pueblo, estrella del mar tempestuoso. Desde esta columnata que abraza a Roma y al mundo, descienda sobre vosotros, como un abrazo consolador, la bendición de Dios. Señor, bendice al mundo, da salud a los cuerpos y consuela los corazones. Nos pides que no sintamos temor. Pero nuestra fe es débil y tenemos miedo. Mas tú, Señor, no nos abandones a merced de la tormenta. Repites de nuevo: «No tengáis miedo» (Mt 28,5). Y nosotros, junto con Pedro, “descargamos en ti todo nuestro agobio, porque Tú nos cuidas” (cf. 1 P 5,7).

«Consolad, consolad a mi pueblo» (Is 40)

Audiencia general del Papa Francisco · 7 de diciembre de 2016

“Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Iniciamos hoy una nueva serie de catequesis, sobre el tema de la esperanza cristiana. Es muy importante porque la esperanza no defrauda.

¡El optimismo defrauda, la esperanza no! La necesitamos mucho, en estos tiempos que aparecen oscuros, donde a veces nos sentimos perdidos frente al mal y la violencia que nos rodea, frente al dolor de tantos hermanos nuestros. ¡Necesitamos esperanza! Nos sentimos perdidos y también un poco desanimados, porque nos sentimos impotentes y nos parece que esta oscuridad no se acaba nunca.

Pero no hay que dejar que la esperanza nos abandone porque Dios con su amor camina con nosotros. «Yo espero porque Dios camina conmigo»: esto podemos decirlo todos. Cada uno de nosotros puede decir: «Yo espero, tengo esperanza, porque Dios camina conmigo». Camina y me lleva de la mano. Dios no nos deja solos y el Señor Jesús ha vencido al mal y nos ha abierto el camino de la vida ... Dejémonos enseñar por el Señor qué quiere decir esperar. Escuchemos las palabras de la Sagrada Escritura, empezando por el profeta Isaías ... el gran mensajero de la esperanza.

En la segunda parte de su libro, Isaías se dirige al pueblo con su anuncio de consolación:

«Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén y decidle bien alto que ya cumplido su milicia, ya ha satisfecho por su culpa [...]».

Una voz clama: «En el desierto abrid camino al Señor, trazad en la estepa una calzada recta a nuestro Dios. Que todo valle sea elevado, y todo monte y cerro rebajado; vuélvase lo escabroso llano y las breñas planicie. Se revelará la gloria del Señor y toda criatura a una la verá, porque la boca del Señor ha hablado» (40,1-2.3-5).

Dios Padre consuela suscitando consoladores, a los que pide que alienten a su pueblo, a sus hijos, anunciando que la tribulación ha terminado, que el dolor se ha acabado y el pecado ha

sido perdonado. Esto es lo que cura el corazón angustiado y asustado. Por eso el profeta llama a preparar el camino del Señor, abriéndonos a sus dones y a su salvación.

La consolación, para el pueblo, comienza con la posibilidad de caminar sobre el camino de Dios, un camino nuevo, rectificad y viable, un camino para preparar en el desierto, así para poder atravesarlo y volver a la patria. Porque el pueblo al que el profeta se dirige está viviendo en ese tiempo la tragedia del exilio de Babilonia, y ahora sin embargo se escucha decir que podrá volver a su tierra, a través de un camino hecho cómodo y largo, sin valles ni montañas que hacen cansado el camino, un camino allanado en el desierto. Preparar ese camino quiere decir por tanto preparar un camino de salvación y un camino de liberación de todo obstáculo y tropiezo.

El exilio fue un momento dramático en la historia de Israel, el pueblo había perdido todo: la patria, la libertad, la dignidad, e incluso la confianza en Dios. Se sentía abandonado y sin esperanza. Pero, aquí está la llamada del profeta que vuelve a abrir el corazón a la fe. El desierto es un lugar donde es difícil vivir, pero justo allí ahora se podrá caminar no sólo para volver a la patria, sino para volver a Dios, para volver a esperar y a sonreír.

Cuando estamos en la oscuridad o en las dificultades no viene la sonrisa, y es precisamente la esperanza la que nos enseña a sonreír para encontrar el camino que lleva a Dios. Una de las primeras cosas que les pasa a las personas que se separan de Dios es que son personas sin sonrisa. Quizás puedan reírse a carcajadas, una detrás de otra, un chiste, una carcajada... pero les falta la sonrisa. La sonrisa la da solamente la esperanza: es la sonrisa de la esperanza de encontrar a Dios.

La vida es a menudo un desierto, es difícil caminar dentro de la vida, pero si nos encomendamos a Dios puede llegar a ser hermosa y ancha como una autopista. Es suficiente con no perder nunca la esperanza, basta que sigamos creyendo, siempre, a pesar de todo.

Precisamente estas palabras de Isaías son después usadas por Juan Bautista en su predicación que invitaba a la conversión. Decía así: «Voz que clama en el desierto: preparad el camino al Señor» (Mt 3, 3). Es una voz que grita donde parece que nadie pueda escuchar —pero ¿quién puede escuchar en el desierto? — que grita en su pérdida debido a la crisis de fe. Nosotros no podemos negar que el mundo de hoy está en crisis de fe. Sí, decimos, «yo creo en Dios, yo soy cristiano, yo soy de esa religión», pero tu vida está muy lejos de ser cristiano, está muy lejos de Dios. La religión, la fe ha caído en una palabra. Yo creo, sí. Pero aquí se trata de volver a Dios, convertir el corazón a Dios e ir por este camino para encontrarlo. Él nos espera. Esta es la predicación de Juan Bautista, preparar ... Los israelitas, cuando el Bautista anuncia la venida de Jesús, es como si estuvieran todavía en el exilio, porque están bajo la dominación romana, que les hace extranjeros en su propia patria, gobernados por ocupantes poderosos que deciden

sobre sus vidas. Pero la verdadera historia no es la hecha por los poderosos, sino la hecha por Dios junto con sus pequeños. La verdadera historia, la que permanecerá en la eternidad, es la que escribe Dios con sus pequeños ... Son los pequeños, hechos grandes por su fe, los pequeños que saben continuar esperando. La esperanza es una virtud de los pequeños. Los grandes, los satisfechos no conocen la esperanza, no saben qué es.

Son ellos los pequeños con Dios, con Jesús que transforman el desierto del exilio, de la soledad desesperada, del sufrimiento, en un camino plano sobre el que caminar para ir al encuentro a la gloria del Señor ... dejémonos enseñar la esperanza, esperando con confianza la venida del Señor, y cualquiera que sea el desierto de nuestras vidas, cada uno sabe en qué desierto camina, cualquiera que sea el desierto de nuestras vidas, se convertirá en un jardín florecido. La esperanza no decepciona. Lo decimos otra vez. ¡La esperanza no decepciona”